

# Nuevas variantes asturianas del Romancero Hispánico (II)

por

J. L. Pérez de Castro



PUBLICADO EN LA «REVISTA DE DIALECTOLOGÍA Y TRADICIONES POPULARES»  
TOMO XXIII, 1967, CUADERNOS 3.º Y 4.º



M A D R I D

TALLERES GRÁFICOS VDA. DE C. BERMEJO

J. GARCÍA MORATO, 122.—TELÉF. 233 06 19

1 9 6 7



# Nuevas variantes asturianas del Romancero Hispánico (II)

Continuamos <sup>1</sup> con la publicación de nuevas variantes y romances tomados en la «arcaizante Asturias», tan «empapada de ellos», como certeramente expresó D. Ramón Menéndez Pidal <sup>2</sup>.

La mayor parte de las piezas que ahora facilitamos, fueron reunidas hacia los años veinte por el poeta luarqués Casimiro Cienfuegos Rico, y permanecen todavía inéditas <sup>3</sup>. Las restantes las hemos recogido nosotros directamente, hacia 1950, de las niñas de Figueras, Colloto y Villayón, quienes todavía las recitaban como canciones de corro. Fenómeno este del romance que se desgaja y viene a poder de la infancia, que ya fue denotado por Juan Menéndez Pidal (cit.) y es común a otros hechos culturales que, cuando son abandonados por los mayores, se refugian en la infancia; último baluarte de los hechos folklóricos y «cuyos veneros van, por desgracia, cegando a toda prisa los mismos plausibles progresos de la edad presente», por decirlo en frase de Amador de los Ríos.

Merced a aquella vivencia y a la colaboración musical de mi hermano Carlos <sup>3 bis</sup>, podemos acompañar con la melodía las letras pertenecientes a Figueras; dato de suma trascendencia en el criterio de

---

<sup>1</sup> Nuestra aportación anterior se publicó bajo este mismo título y en esta misma revista: DTP. XVI. cuad. 4 (Madrid 1960), pp. 477-482.

<sup>2</sup> R. MENÉNDEZ PIDAL, *Flor nueva de romances viejos*, proemio (Buenos Aires 1952) p. 42.

<sup>3</sup> A la muerte de Casimiro Cienfuegos, en febrero de 1950, sus herederos vendieron todos sus papeles a un «chatarrero» de Luarca, donde los adquirieron algunos eruditos locales, entre éstos D. Jesús E. Casariego, quien en su biblioteca de «La Casona de Barcellina» custodia ahora el manuscrito que, bajo el título *Romances y cantares de la tradición popular*, contiene los materiales folklóricos acopiados por Casimiro, y que aquí parcialmente exhumamos.

<sup>3 bis</sup> Como de la melodía número I mi hermano Carlos me dejó un simple borrador, hemos solicitado su copia definitiva al presbítero D. José María Bedia Bedia, quien al devolvérnosla nos aclara que introdujo alguna alteración: tal la de poner corcheas individuales y no ligadas, por ser aquéllas y no éstas más propias del canto silábico, de modo que a cada nota correspondía una sílaba; característica muy destacada del canto popular.

Juan Menéndez Pidal y de nuestro Martínez Torner<sup>4</sup>; pues como muy sintéticamente supo manifestarlo García Lorca, «la melodía, mucho más que el texto, define los caracteres geográficos y la línea histórica de una región y señala de manera aguda momentos definidos de un perfil que el tiempo ha borrado. Un romance, desde luego, no es perfecto hasta que no lleva su propia melodía, que le da la sangre y la palpitación y el aire severo o erótico donde se mueven los personajes»<sup>5</sup>.

Dado el carácter de continuidad que viene a tener este nuevo aporte, y para evitar repeticiones innecesarias, continuamos aquí la numeración de los textos incluidos en nuestra aportación inicial, y seguimos refiriendo a la bibliografía allí contenida las citas que en abreviatura emplearemos<sup>6</sup>, prescindiendo, como entonces, de la producida por don

<sup>4</sup> Entre las obras de este autor de interés para el estudio del romancero en Asturias debemos de citar *Cancionero musical de la lírica popular asturiana* (Madrid 1920); *El cancionero asturiano*, en «Temas folklóricos: Música y poesía» (Madrid 1935), pp. 35 a 47; *Del folklore español: persistencia de antiguos temas poéticos y musicales*, en el «Bulletin of Spanish Studies», de la Universidad de Liverpool, marzo y junio de 1924, vol. I; *La canción tradicional española*, en «Folklore y costumbres de España», t. II (Barcelona 1931); *Poesía popular española. Índice de analogías entre la lírica española antigua y la moderna*, en «Symposium», revista de la Syracuse University (N. York 1947-49).

<sup>5</sup> F. GARCÍA LORCA, *Las nanas infantiles*, conferencia en la Institución Hispano-americana de Cultura (La Habana 1930).

<sup>6</sup> Al reproducir en nuestro trabajo anterior (vid. nota 1) la bibliografía sobre el romancero popular en Asturias, se omitieron involuntariamente en dicha relación las siguientes referencias que ya entonces poseíamos:

J. AMADOR DE LOS RÍOS, *Romanzen asturiens*, en «Jahrbuch für romanische und englische literatur», t. III (Berlín 1861), revista de literatura neolatina e inglesa que publicaba Wolf.

J. AMADOR DE LOS RÍOS, *De la poesía tradicional en Portugal y Asturias. Romancero inédito asturiano*, en la «Ilustración Española y Americana», 25 de sept. (1870), año XIV, núm. 21, pp. 330-334, y núm. 22, 5 de oct. (1870), pp. 346-349.

THEOFILO BRAGA, *O mito de Istar em uma lenda popular estremenha e asturiana*, en la «Revista de Ciências Naturais e Sociais» (Porto 1889), t. I, pp. 7-17.

THEOFILO BRAGA, *O mito calde babilonico dos amores de Istar na tradição ocidental*, *Ibid* (1893), II, pp. 1-18.

L. GINER ARIBAU, *Contribución al folklore de Asturias. Folklore de Proaza*, en la «Biblioteca de las Tradiciones Populares». T. VIII (Madrid 1886) pp. 146-168.

A. DE LLANO Y ROZA DE AMPUDIA, *Esfoyazu de cantares asturianos* (Oviedo 1924).

M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Antología de poetas líricos castellanos* (Madrid 1910).

L. RODRÍGUEZ CASTELLANO, *Materiales folklóricos. A propósito de unos romances de danza prima*, en el BIDEA (Oviedo 1951), núm. 14, pp. 331-340.

J. ALVAREZ FERNÁNDEZ-CAÑEDO, *El habla y la cultura popular de Cabrales* (Madrid 1963), c. 5, pp. 105 ss.

F. CARRERA DÍAZ-IBARGÜEN, *Reseña histórica de Llanes y su concejo* (Llanes 1965), p. 205.

Ramón Menéndez Pidal y doña María Goyry, por considerarla, dada su importancia, del conocimiento de todos.

He aquí, pues, a continuación este nuevo haz de romances:

## VII. *LOS PEREGRINOS*

Dos primitos hermanos — se quieren casar ;  
 la carta de dispensa — se cayó en el mar.  
 Se marcharon a Roma — de peregrinos,  
 para poder casarse. — carnales primos.  
 Para Roma caminan — van mendigando,  
 porque pecaron siendo — primos hermanos.  
 Niña, dile a tu madre — dé una limosna  
 para los peregrinos — que van a Roma.  
 Sombrero de plumaje — lleva el romero,  
 y la peregrinita -- de terciopelo.  
 El bastón que llevaba — la peregrina,  
 era de oro labrado — y de plata fina.  
 Por las calles de Roma — van preguntando  
 dónde tiene la silla — el Padre Santo.  
 A! llegar a Palacio, — suben arriba ;  
 allí está el Padre Santo — y los examina.  
 Les preguntara el Papa — qué tiempo tienen ;  
 ella dice que quince, — y él diez y nueve.  
 Les preguntara el Papa — de dónde eran ;  
 ella dice de Cabra. — y él de Lucena.  
 Les preguntara el Papa — en qué pecaron ;  
 que se quisieron siendo — primos hermanos.  
 El Padre Santo dice : — «No es maravilla,  
 que es en extremo hermosa — la peregrina».  
 Es el peregrinito — algo travieso,  
 y delante del Papa — la ha dado un beso.  
 Y a la peregrinita, — muy vergonzosa,  
 se le puso la cara — como una rosa.  
 El Papa les ha echado — de penitencia,  
 que no se den la mano — hasta Valencia.  
 Al llegar a Valencia — piden posada,  
 para la peregrina, — que viene mala.  
 Al llegar a Valencia — tuvo una niña,  
 que por nombre le han puesto — María Cristina.  
 Los mozos de Valencia — le hacían señas  
 a la peregrinita — que no se fuera.  
 Pero el peregrinito, — que bien lo entiende :  
 «Vamos, peregrina, — que nos conviene».

No encontramos en toda la bibliografía regional otro romance igual. Fuera de Asturias es de señalar la variante de Soria y la versión de García Lorca <sup>7</sup>.

### VIII LAS TRES CAUTIVAS

A la verde, a la verde — a la verde oliva,  
 marchaban tres niñas, — tres niñas perdidas,  
 y el Rey moro — que las encontró,  
 a la Reina mora — se las entregó.  
 — «Toma, Reina mora, — estas tres cautivas;  
 toma, Reina mora, — para que te sirvan».  
 — «¿Y cómo se llaman — estas tres cautivas?»  
 — «Primera es Constanza; — segunda, Lucía,  
 y la más pequeña — Rosa-Rosalía».  
 — «¿Y qué oficio tienen — estas tres cautivas?»  
 —: «Constanza amasaba, — Lucía cernía,  
 y la más pequeña — agua les traía»  
 Fue ésta un día por agua — a la fuente fría;  
 se encontró un buen viejo, — y así le decía:  
 — «¿Dónde va, buen viejo, — a la fuente fría?»  
 — «Buscando tres niñas, — tres niñas perdidas».  
 — «¿Y cómo se llaman — las niñas perdidas?»  
 — «Primera, Constanza; — segunda, Lucía,  
 y la más pequeña — Rosa-Rosalía».  
 Constanza amasaba, — Lucía cernía,  
 y la más pequeña — agua les traía.»  
 — «Pues usted es mi padre, — y yo soy su hija.  
 — voy a dar aviso — a mis hermanitas».  
 — «¿No sabes, Constanza: — no sabes, Lucía,  
 como he visto a padre — en la fuente fría?»  
 Constanza lloraba, — Lucía gemía,  
 y la más pequeña — así les decía:  
 — «Cuando venga el moro, — se lo hay que contar;  
 hará una mazmorra — y nos meterá».  
 Cuando vino el moro — fue y se lo contó.  
 hizo una mazmorra — y allí las metió.  
 Y vino su padre — y de allí las sacó,  
 y a su casa luego — va y se las llevó.  
 Se casó Constanza, — se casó Lucía,  
 y se casó Rosa, — Rosa-Rosalía;  
 se hicieron sus bodas — con gran alegría.

<sup>7</sup> G. MANRIQUE, *San Pedro Maurique. Cultura popular pastoril*, en RDTP, t. VIII, cuad. 3 (1952), pp. 504-505. F. GARCÍA LORCA, *Cantares Populares. Los peregrinitos*, en «Obras completas» (Madrid 1966), pp. 656-657, y Apéndice, pp. 1881-1886.

De esta pieza, tan popular en el resto de España, no conocemos en Asturias más variantes que la de Aurelio de Llano (*Esfoyaza*, pp. 264-265, núm. 1.150).

## IX

A Belén caminaba — la Virgen María,  
y a José llevaba — en su compañía;  
Compañía más noble — no la pudo hallar.  
*Antes de las doce — a Belén llegar.*  
Van los dos andando, — y luego encontraron  
con dos pasajeros — y les preguntaron  
si a Belén podían — el camino errar.  
*Y antes de las doce — a Belén llegar.*  
— «Si quieren llevar — nuestra compañía,  
va la noche oscura. — perderán la vía».  
Responde la niña: — «Estimo el favor,  
vamos poco a poco — sin ningún temor».  
Niña más hermosa, — niña más florida  
(dice el uno al otro) — no la vi en mi vida;  
a un hombre tan viejo — no se puede dar.  
*Y antes de las doce — a Belén llegar.*  
Responde la niña, — como es tan discreta:  
— «Dios nos ha juntado, — estoy muy contenta;  
por otro más joven — no lo he de cambiar.»  
*Y antes de las doce — a Belén llegar.*  
Van los dos andando — en conversación,  
son palabras santas — dignas de atención;  
son palabras santas — dignas de alabar.  
*Y antes de las doce — a Belén llegar.*

Importa destacar esta versión con estribillo o bordón, dada la escasez y rareza de este tipo en la Península <sup>8</sup>. En Asturias sólo recoge una variante de este romance Feito (cit. XXXIV, pp. 288-289) en Somiedo.

<sup>8</sup> Citaremos sobre este aspecto el trabajo de J. PÉREZ VIDAL, *Romances con estribillo y bailes romancescos*, en RDTP (1948), IV, cuad. 2, pp. 211-221, ya que en él se recoge la bibliografía adecuada al tema y, singularmente, porque se trata del baile romancesco en su paralelismo asturiano y canario. Paralelismo entre el romancero de ambas regiones, que estudia también en su *Romancero tradicional canario*, en *Ibid* (1949), t. V, cuad. 3 (1950), VI, cuad. 4, y (1951) VII, cuad. 2 y 3.

## X

El río muy turbio va, — ; mi Dios, quién lo pasaría !  
 Lo pasaron dos romeros: — José y la Virgen María.  
 La Virgen está de parto — caminar ya no podía.  
 — «La puerta abre, posadera, — que quiere parir María.  
 — «Ynda no pare esta noche — ni mañana en todo el día».  
 Al cantar de los pichones, — parió la Virgen María  
 un niño como una estrella, — que alumbraba más que el día.  
 Tales eran sus riquezas, — que envolturas no tenía ;  
 echa mano a sus cabellos, — a una toca que traía ;  
 coge unas tijeras de oro — y en tres pedazos la hacia ;  
 con uno limpiaba el niño, — con el otro lo envolvía,  
 y con el que le quedó — los cabellos se cubría.  
 Bajará un ángel del cielo — cantando el Ave María,  
 y con un libro en la mano — que cien mil hojas tenía,  
 y cada hoja del libro — en un pañal se volvía.  
 El sol ya estaba eclipsado, — la luna no parecía ;  
 pero ya naciera el alba — y con ella viene el día.

De esta pieza recoge Cabal (*Diccionario*, II, p. 107) un fragmen to entre las canciones de los aguilanderos. La idea de que la Virgen no tiene con qué envolver al niño es común a otros romances <sup>9</sup>.

## XI

Caminaba la Virgen Santa — en el rigor del invierno,  
 con la barriga en la boca — por obra del Padre Eterno.  
 De compañía llevaba — a su esposo San José.  
 — «Abrevia el paso, María, — que hemos llegado a Belén».  
 No está en casa el mesonero, — una hija suya estaba ;  
 como si estuviere él mismo, — que ella manda en la posada.  
 — «¿Me das posada, señora, — para la Reina del cielo?»  
 — «Para señora tan grande — no hay en mi casa aposento ;  
 más alante hay un portal — que da el agua y el viento».  
 A eso de la media noche — todo se queda en silencio ;  
 cantaban los gallos blancos, — también cantaban los negros,  
 cantaban los pajarillos — que ha nacido el Rey del cielo.  
 En el portal de Belén — y en el reino de Judea  
 parió la Virgen María — y le alumbraba una estrella.  
 Y le dice San José, — que allí estaba junto a ella:  
 — «¿Cómo estás, Virgen parida : — cómo estás, Virgen doncella?»  
 — «Buena, buena, San José ; — no dejo de tener pena

<sup>9</sup> Vid. PÉLAR G. DE DIEGO, *Oraciones populares*, en RDTP (1958) XIV, 4, p. 501.



al ver al Hijo de Dios — nacer en tanta miseria.  
 No tengo en qué le envolver — sino una poca de hierba,  
 y la mula me la come — la que la vaca me lleva.  
 — «¡ Bendita sea la vaca, — cada año dé una ternera !»  
 — «¡ Malaya sea la mula, — nunca ella producto dea !»

Variante sobre el tema de «El Nacimiento», de la que recogen otras Juan Menéndez Pidal (cit., núm. LXXXVIII, p. 260, comentando la creencia en la maldición a la mula en la p. 335) y Feito (cit. XXXIV, pág. 290).

## XII

Una noche triste, oscura, — en el rigor del invierno,  
 murió un alma pecadora — sin luz y sin sacramentos.  
 Así que salió del cuerpo — fue a ver la cara divina.  
 — «Señor mío Jesucristo, — yo soy la oveja perdida,  
 ...           ...           ...           — que a vuestro rebaño vuelvo».  
 — «Escucha, alma pecadora, — que yo te escucharé primero.  
 Yo te he dejado en el mundo, — no me fuiste de provecho ;  
 yo te he dejado la misa, — nunca me estabas atento.  
 y entre la hostia y el cáliz — siempre te hallabas durmiendo.  
 Yo te dejé mis ayunos, — siempre te hallaba comiendo.  
 Yo te dejé mi rosario — y lo arrastraste en el suelo.  
 Yo te dejé disciplinas, — tuviste duelo del cuerpo ;  
 y así lo vas a pagar — a las penas del infierno».  
 Salió la Virgen María — por el Evangelio leyendo :  
 «Señor mío Jesucristo, — espejo de mi consuelo,  
 por la leche que mamaste — de estos mis sagrados pechos,  
 por tu sangre derramada — el día del Monumento,  
 mira, perdona esa alma, — no la mandes al infierno».  
 — «Pues que mi madre lo manda, — hágase el mandado luego».  
 San Miguel pesa las almas — y en el peso la había puesto ;  
 tantos eran sus pecados, — que el peso cayó en el suelo.  
 Quitó la Virgen la toca — y en el peso la había puesto ;  
 con la gracia de la Virgen, — aquella alma subió al cielo.  
 Nuestra Señora nos valga, — ¡ válgame el Señor San Pedro !

Constituye esta pieza una variante de «La toca de la Virgen», que publica Juan Menéndez Pidal (cit. núm. LXXXII, p. 251, con comentarios en las pp. 332-333).

## XIII. GERINELDO

Mes de mayo, mes de mayo, — mes de toditas las flores.  
cuando los toritos bravos, — los caballos corredores...  
Cuando Gerineldo iba. — a dar agua a sus caballos...  
Mientras los caballos beben. — Gerine'do echa un cantar:  
«Bebe, mi caballo, bebe — para luego caminar.»  
La infantina que lo oyera — le saliera a saludar.  
— Si fueras rico de hacienda — como eres galán pulido,  
dichosa sería la dama — que se casara contigo.  
— No se burle la infantina. — no se burle usté conmigo;  
soy criado de servir. — usté se burla conmigo.  
— No es de burla, Gerineido, — que de veras te lo digo,  
y si no lo quieres creer. — vas a rondar mi castillo;  
a las diez se acuesta el Rey, — a las once está dormido;  
a eso de las diez y media — vas a rondar mi cast'illo.  
Gerineldo, de contento, — muy contento se había visto;  
llegó la hora citada, — fuera rondar el castillo.  
Despertara la infantina — con un sueño espavorido.  
— «¿Cuál es el galán que ronda — a estas horas mi castillo?»  
— Soy Gerineldo, señora, — que vengo a lo referido.  
— «Pues si eres Gerineldo, — tú seras amante mío...»  
— ¿Quieres comer y beber. — Gerine'do, dueño mío?»  
— Nada deso, mi señora, — que vengo a lo referido.  
Lo agarrara por la mano, — para adentro lo ha metido;  
luego le hiciera la cama — y le acostara consigo.  
El Rey ha soñado un sueño — que de verdad le ha salido:  
¡O me duermen con la infanta — o me rondan el castillo!...  
Les halló cara con cara — como mujer y marido;  
les halló brazo con brazo — como la madre y el niño.  
«Yo si mato a Gerineldo, — lo crié desde muy niño;  
yo si mato a la infanta, — mi reino será perdido;  
así mejor es callar'lo, — callarlo para conmigo.  
¡Aquí dejaré mi espada — para que sea testigo!  
Eso de la media noche, — cuando canta el gallo pío,  
dispertara la infantina, — Gerineldo está rendido.  
«Levántate, Gerineldo, — que mal sueño hemos tenido;  
que la espada del Rey, mi padre, — entre los dos ha dormido».  
— «¿Por dónde me iré ahora — que no sea conocido?»  
— «Vete por esos jardines — cogiendo rosas y lirios».  
El Rey, como lo sabía, — al encuentro le ha salido.  
— «¿De dónde vienes, Gerineldo, — tan blanco y desco'lorido?»  
— Vengo por estos jardines — cogiendo rosas y lirios.  
— «No es eso, Gerineido, — no es eso lo que te digo:  
O dormiste con la infanta — o la infanta dormió contigo.  
— Diga, diga, el Rey, mi padre, — qué castigo ha de ser el mío.  
— «El castigo que vos doy — ya lo tengo prometido:

Que mañana a las diez — seáis mujer y marido.»  
 El demonio, como no duerme, — lo tratara de estorbar.  
 En Francia había una guerra, — en Francia y en Portugal;  
 a Gerineldo le nombran — de capitán general.  
 La infantina, que lo supo, — no cesaba de llorar.  
 — «Dime, dime, Gerineldo, — cuánto tiempo vas tardar;  
 dime, dime, Gerineldo, — cuánto tengo que aguardar».  
 — Si a los siete años no vuelvo, — con otro puedes casar.  
 Los siete años ya pasaron — y no parece llegar.  
 Se vistió de pelegrina — y se puso a caminar;  
 anduvo siete reinados — y no lo pudo hallar.  
 De los siete pa los ocho, — a la salida de un monte  
 vio venir una vacada — muy gorda y muy regalada,  
 y todas a una señal — ... ..  
 — «Dime, vaquezillo, dime. — yo te voy a preguntar:  
 ¿de quién es esa vacada. — tan gorda y tan regalada,  
 y todas a una señal? — ... ..  
 No me digas la mentira — ni me niegues la verdad».  
 — Ni le digo la mentira — ni le niego la verdad;  
 vive en la calle del perro — y en la carrera del can,  
 número cincuenta y uno — y en el piso principal,  
 ... .. — por Dios y la eternidad.  
 Tan presto se la pidiera — como se la fuera a dar.  
 — «¿De qué tierra la romera, — de qué tierra viene ya?»  
 — «¿Tan desfigurada vengo, — que no me conoces ya?»  
 La condesa que lo oyera, — le saliera a regañar.  
 — «Téngase usted para afuera, — téngase usted para atrás,  
 que para pedir limosna — basta bien desde el portal».  
 — «Téngase usted para adentro, — téngase usted para allá,  
 que si usted es hija de un conde, — yo de un rey, que inda es más».  
 — «Adios, suegro, adios, suegra, — vecinos de este lugar,  
 que los amores primeros — son muy malos de olvidar.  
 Yo me voy con la romera, — con ella me he de casar».

Recogido por Casimiro Cienfuegos en Tineo, y que tiene por variantes en la región las facilitadas por J. Menéndez Pidal (cit. números III, IV, y V, pp. 85 y ss. con sus notas en las pp. 281 y ss.) y por Canella (cit. pp. 337 y 338).

#### XIV

Salga el acero a brillar; — pues hijo soy del acero,  
 hijo soy de Pedro el sastre — y nieto soy de mi abuelo.  
 Francisquillo soy el sastre, — y el que a nadie tiene miedo,  
 el que hará que el mundo tiemb!e — con sus heroicos hechos<sup>10</sup>.

<sup>10</sup> El recitador pronunciaba *heroicos* con las vocales del diptongo bien separadas (Nota de Casimiro Cienfuegos).

— «Venid aquí, forradores — de palos con los pellejos,  
 pantoministas del lunes, — revolvedores de pueblos,  
 y llegad los de la madera, — fanfarrones carpinteros,  
 aunque con vosotros vengan — los atroces cedaderos,  
 tejedores, hilanderos. — juntaivos con los barberos,  
 y salid con éste al campo, — que tiene perdido el miedo.  
 Labradores, hortelanos, — esforzados molineros,  
 hoy vos desafía un sastre — que tiene la sangre hirviendo.  
 Vengan jueces, abogados, — escribanos marruyeros,  
 que a un plumazo que os dé — os dejaré sin aliento.  
 Venga Bernardo del Carpio, — ese guerrero soberbio,  
 con su espada y su rodela, — que no lo teme este pecho.  
 Venga el moro Brovonel <sup>11</sup>, — ese jaquetón lancero ;  
 que le quitaré el turbante — y le haré cristiano nuevo.  
 Venga el mismo Fierabrás, — vengan Roldán y Oliveros,  
 hasta Carlomagno venga — si perder quiere el pellejo.  
 Vengan hoy todos los guapos, — lleguen aquí barateros,  
 venga el soberbio más grande, — capitán de bandoleros.  
 Vengan Ponces de León, — los Guzmanes y Guerreros ;  
 vengan cuantos hijosdalgo — posan los pies por el suelo.  
 Venga aunque sea Luzbel — con todos sus compañeros,  
 que a estocadas les haré — que vuelvan a los infiernos.  
 Pues nadie veo venir, creo — que me tienen miedo :  
 verán hazañas de un sastre — que ahora contarlas quiero.  
 Apenas cumplí veinte años, — salí un día de paseo,  
 como me hallaba en Madrid, — hasta la puente de Toledo.  
 Llegué a un juego de cané — que había mucho dinero,  
 y pregunté quién cobraba — los ochavos muy ligero <sup>12</sup>.  
 Un granadero salió — de los de morro con pelo,  
 que por habano en su boca — podía llevar bien mi cuerpo.  
 Le dije: «Ponte en defensa». — Y él me respondió: «¡Trastuelo !»  
 Saco al punto mis tijeras, — y él el sable sacó luego ;  
 pero le aprovechó poco, — que a los dos brincos primeros  
 el pescuezo le corté — como si fuera de sebo.  
 Sin pena ni sobresalto — fui siguiendo mi paseo,  
 y llegué a Caramanchel — a beber el vino fresco.  
 Catorce guardias civiles, — incluso con su sargento,  
 llegaron a mí a prenderme — y me dicen: «¡Date preso !»  
 Por cima brinqué de todos, — y ellos disparan a un tiempo ;  
 mas ninguno me tocó, — que fue tener mal acierto.  
 Viendo tan buena ocasión, — meto la mano a mi acero  
 y a todos los despaché ; — éste quiero, éste no quiero.  
 Libre de aquella maraña, — pillo pies para Toledo,  
 donde a nadie conocía — y me hallaba sin dinero.

<sup>11</sup> Debe de querer decir *bravonel*.

<sup>12</sup> Este pedía el *barato* (Observación del recitador que conocía el *cané*, el parar y sabía lo que era el *barato*) (Nota de Casimiro Cienfuegos).

En un café me metí, — donde había muchos necios,  
y de tratarme *prencipiaron* — como perro *forestero*.  
Yo, con toda mi prudencia, — les dije: «Señores, quedos;  
que soy Francisquillo el sastre, — el terror del Universo.»  
Se miran unos a otros, — y, apenas que esto oyeran,  
de risa están reventados, — y yo de coraje lleno.  
Saco al punto mis tijeras — y cortar retal comienzo,  
de pechos, brazos y piernas, — sin olvidar los pescuezos;  
treinta y ocho dejé allí — arrastrados por el suelo,  
y yo me puse en la calle — más fresco que ei mes de enero.  
Me fui a una fonda, y allí — lo que pedí me sirvieron,  
y con un abonaré — pagué todo por entero.  
Me marché a Andalucía, — y, al pasar Despeñaperros,  
diez ladrones me saltaron; — pero yo siempre sereno.  
Les pregunté qué querían, — y ellos responden: «¡Dinero!»  
Les dije: «No tengo un cuarto, — lo que yo tengo es acero;  
y lo que yo deseara — era ser compañero vuestro,  
para que *sépais*<sup>13</sup> quién soy — y la destreza que tengo».  
Me admitieron muy gustosos, — y a una venta no muy lejos,  
allí fuimos a comer, — y nos regaló el ventero.  
Allí pasamos la tarde, — y, ya que el sol era puesto,  
me dan una carabina — y cartuchos más de un ciento.  
Como una legua anduvimos — cruzando montes y cerros,  
hasta que a un sitio llegamos — que parece contadero<sup>14</sup>.  
Toda la noche anduvimos — guardando el mayor silencio,  
por ver si alguno pasaba — para despojarlo luego.  
Fue nuestra suerte contraria, — pues no vimos ni un mochuelo,  
que son aves de rapiña — cual mis dignos compañeros.  
Siendo ya de día claro, — abandonamos el puesto,  
y todos juntos marchamos — a un cortijo no muy lejos.  
Allí almorzamos en grande — sin costarnos el dinero,  
y después fuimos al monte — a darle un tributo al sueño.  
Los diez a dormir se echaron — bien calientes de *celebro*.  
y yo, siempre con afán — de alimentar bien mi acero,  
apenas los vi dormidos — bufando como unos puercos,  
saco mis finas tijeras — y *emprencipio* a cortar cuellos.  
A los diez dejé difuntos, — y a registrarles comienzo,  
y entre todos les hallé — cerca de ochocientos pesos.  
Viéndome con esta suma — sin detenerme un momento  
para Málaga marché, — adonde llegué contento.  
Paseándome una tarde, — sólo por tomar el fresco.  
conocí que se burlaban — de mí cuatro pintureros.  
Me arrimé a ellos, y dije: — «Señores, soy *forestero*,

<sup>13</sup> *Sépais*, con el acento en la primera sílaba, lo pronuncia con el recitador el pueblo de Asturias (Nota de Casimiro Cienfuegos).

<sup>14</sup> Contadero: lugar o sitio estrecho de que se sirven los ganaderos para contar al paso sus ganados sin confusión (Nota de Casimiro Cienfuegos).

sastre soy en todas partes — y así tened miramiento.  
 Apenas oyeron sastre, — «mira qué empeño —dijeron—  
 que entre tres hacen un hombre — y aun estiran su pescuezo».  
 Apenas que esto oí, — meto la mano en mi acero,  
 y no hice más que ras, ras, — y dejé los cuatro muertos.  
 Como era al anochecer, — y mis pies que son el viento,  
 en un *pestañar* me puse — de la ciudad bien adentro.  
 Me entré en una gran posada, — pedí cena y me sirvieron;  
 y en cama de tres colchones — pasé la noche en un sueño.  
 A otro día de mañana — entré en casa de un prendero  
 y compré todo un vestido, — a estilo de malagueño.  
 De Málaga pasé a Ceuta, — a ver unos compañeros,  
 que por sus buenos servicios — allí se hallaban de asiento.  
 Allí estuve tres semanas — sin tener ningún tropiezo,  
 y, por no matar cristianos, — me pasé a los moros luego.  
 En Tánger en una noche — a diez ahujaré el pellejo,  
 tanto, que por cada herida — podía pasar bien un perro.  
 De Tánger pasé a Argel; — allí estuve mes y medio,  
 mandando todos los días — cuarenta y cinco al infierno.  
 Me marché a Constantinopla, — capital de siete imperios,  
 donde está aquel gran señor — rey de setenta y tres reinos.  
 Allí seis meses estuve, — en los cuales habré muerto  
 pasado de veinte mil; — no hablo más porque no quiero.  
 Nadie me lo contradiga, — si conservar quiere el cuero,  
 que mis entrañas están — peores que las de un perro.  
 Que en sacando mis tijeras, — que son dos armas a un tiempo,  
 pincho, corto y entresaco — las entretelas del pecho.  
 ¡Cuántos en la sepultura — están sólo por el miedo  
 de verlas ensangrentadas, — rebozadas de pellejos!  
 Así nadie con los sastres — se chuleen, anden con tiento,  
 que también los sastres son — de hueso, carne y pellejo.  
 Y os digo más a más, — que tienen en sus adentros  
 corazón, hígado y bazo, — y su cuajo bien repleto.  
 Aquí dan fin mis proezas, — valentías y mis hechos,  
 comer, beber y dormir — es lo que desea el cuerpo;  
 que el que muere se lo entierran, — como sucedió al tío Prieto,  
 que nadie se acuerda de él, — y yo tampoco me acuerdo.

Dictado a Casimiro Cienfuegos, hacia 1920, por Luis Pérez Cantera (Luisón de Tayo), de Cadavedo, quien tenía a la sazón cincuenta y seis años. No conocemos en la bibliografía regional otra versión como la precedente, si bien el tema del bravucón aparece recogido en uno facilitado por Rodríguez Castellano (cit. XIV, pp. 335 y ss.) y las características de la escasez de hombría y del embuste, que quedan bien de manifiesto en la fanfarronería del relato, se dan y corresponden per-

fectamente con las atribuidas al sastre de aldea, en Asturias <sup>15</sup> como en Bretaña.

### XV. EL CAUTIVO DE GERONA

Permita el cielo divino. — dulce padre de mi vida,  
de que llegue a vuestras manos — esta triste carta mía.  
Por ella, padres, sabréis — el tormento y la fatiga,  
congoja, pena y dolor — que padezco noche y día.  
No cesando de llorar — y el alma siempre afligida,  
triste el corazón y lleno — de angustia y melancolía.  
preso y cautivo en Argel. — porque así Dios lo quería;  
tan maltratado. Señor. — que aquesta gente enemiga,  
que en una oscura mazmorra — me tienen sin compañía,  
con unos cuadrados grillos — que las piernas me lastiman,  
y una cadena pesada — que al cuello traigo oprimida,  
que por el suelo me arrastra — y todo el cuerpo me liga.  
Es mi comer y beber — una sola vez al día,  
una libra de pan prieto. — en sin más vianda me envían;  
y media azumbre de agua — me dan, señor, por bebida  
y el moro que me la trae — dobla más las penas mías;  
porque de palabra y obra — me ultraja y me *enomina*.  
Padre mío, yo confieso — que toda la culpa es mía;  
porque, estando yo estudiando — para ordenarme de misa,  
me casé sin tu licencia — con la amada esposa mía.  
*Anque* <sup>16</sup> estabas enojado. — con la obediencia, debida  
me entré, señor, a tu casa — postrándome de rodillas.  
Mi esposa y yo te pedimos — perdón de tanta osadía.  
Pero vos, enfurecido, — permitidme que lo diga,  
nos echastes a la calle — a empellones y «por vidas».  
diciendo no hiciera caso — de que tal padre tenía.  
*Enegado* en triste llanto. — me aparté de vuestra vista,  
regando las duras piedras — y mis pálidas mejillas.  
Mi esposa me consolaba — diciéndome: —«Esposo, mira,  
yo tengo allá en Tarragona — una muy amada tía

<sup>15</sup> Para el estudio del tipo del sastre en la tradición asturiana, pueden verse: B. ACEVEDO, *Los vaqueiros*, cit. p. 260; C. CABAL, *Los cuentos tradicionales asturianos* (Madrid 1924), pp. 161, 225, 227, 228 y singularmente la 250; Id. *La mitología asturiana. Los dioses de la muerte*, pp. 142-143; R. PRIETO BANCES, *Cocktail asturiano*, en BIDEA (1956) núm. 29, p. 344; M. ALVAREZ RICO, *Del folklore de Pola de Allande*, en BIDEA (1957), núm. 30, p. 120; A. DE LLANO, *Cuentos asturianos recogidos de la tradición oral* (Madrid 1925), pp. 166 y 290.

Muestra muy gráfica de este tipo de *el sastre de aldea* lo es, aunque relativo a Soria, el dibujo de ese título realizado por el pintor Valeriano Bécquer y reproducido en *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 24 de sept. de 1873, núm. 36, p. 585.

<sup>16</sup> *Anque*, dice constantemente Luisón (Nota de C. Cienfuegos).

que mucho estimará el verte, — porque no te conocía.  
Vámonos, esposo, y luego — en su santa compañía  
viviremos sin quebranto — y ver estas tiranías».  
Yo quise primero ir solo, — por ver si me convenía;  
tomé un caballo y cien pesos — y de Gerona salía  
un lunes por la mañana — y al otro siguiente día,  
martes, por mayor desgracia — que en todo me perseguía.  
Al encuentro me salieron, — cubiertos con mascarillas,  
seis furiosos bandoleros — armados de carabinas.  
Me prenden de pies y manos — y al pie de una verde oliva,  
me llevaron el caballo — y el dinero que tenía;  
solamente me dejaron — la ropa que me vestía.  
Mas un pobre labrador — que a su cortijo venía,  
me desató, y luego al punto — a Tarragona partía.  
Más viéndome ya perdido — para mejorar de vida,  
senté plaza de soldado — en un tercio de infantería,  
A Barcelona marché, — plaza fuerte, ciudad rica,  
y una mañana temprano — de la ciudad se veía  
una galera de turcos — que dando caza venía  
a otra galera más pequeña — que española parecía.  
Salimos a socorrerla — completas tres compañías,  
en un bergantín ligero, — cuando de cerca se veía,  
dimos vista a una galera — que era de su compañía;  
le presentamos batalla — se jugó la artillería;  
de la una y la otra parte — fue muy sangrienta y reñida;  
murieron treinta cristianos — y mucha gente morisca;  
pero al cabo nos vencieron, — porque tuvieron más dicha.  
Quedamos cautivos todos, — puestos en grande fatiga;  
pero en este mismo tiempo — descubrimos que venían  
tres navíos genoveses — que a socorrernos se alistan.  
Viendo los turcos aquesto, — huyeron a toda prisa  
sin poder llevar la presa; — luego se pierden de vista.  
En tan extraños sucesos, — ¡ay qué dolor, qué fatiga,  
qué pena, qué sentimiento! — yo solo, por mi desdicha,  
fui cautivo, porque el cielo — así me lo disponía.  
Esto fue porque a mí solo — cuatro moros me cogían.  
pasándome a su galera — por señal de su osadía.  
Al fin, dentro de seis horas — me pusieron en Turquía,  
dentro la plaza de Argel, — donde en venta me ponían.  
Me compró un gallardo moro. — rico y de grande valía;  
me presentó una mora — que tenía por amiga.  
Con cariño me trataba — y buen pasaje me hacía;  
pero se trocaron presto — en oprobios las caricias,  
porque, estando un día solo, — de amores me requería;  
me dijo que renegase — de la Ley de Dios, divina;  
me casaría con ella — y riquezas gozaría.  
Pero yo, muy claramente — le dije que no quería  
renegar mi Santa Ley — aunque perdiera mil vidas.



Sintiendo mucho el desaire, — con diabólica malicia,  
 le dijo a su amante moro — de que yo la perseguía;  
 pero el moro, enfurecido, — en un jardín que tenía,  
 me ató con una cadena — contra un árbol, y en tres días  
 no me dio a comer bocado, — y a la mazmorra me envían,  
 adonde estoy padeciendo — mil tormentos y desdichas,  
 Ruégote, padre y señor, — miréis por la esposa mía;  
 vos la podréis consolar, — que ya para mi su vista  
 será, padre, cuando llegue — del mundo el último día.  
 No quiero cansaros más; — vuestro hijo, que os estima  
 y que más desea veros, — Lucas Pérez de Losvilia,  
 Dio la carta a una mujer — que estaba en Argel cautiva  
 y, por su fortuna, a España — venía ya redimida.  
 Dio la carta al triste padre; — con gran pena la leía,  
 y en la otra segunda parte — la respuesta que le envía,  
 se dirá, por que se sepa, — el fin de la historia dicha.

Recogido también por Casimiro Cienfuegos, en Cadavedo, de boca de Luisón de Tayo. El asunto de este romance es usual en otros varios por lo que respecta al cautiverio, la oferta amorosa de la mora y su venganza; pero desarrolladas como en éste, no hemos visto similar en la bibliografía asturiana.

## XVI

En Valladolid vivía — una dama muy hermosa,  
 y su padre la tenía — bien ataviada y honrosa.  
 Esta tenía un hermano — en gramática sapiente,  
 aunque joven, buen cristiano — siervo del Omnipotente.  
 A Valladolid llegó, — de paso para Turquía,  
 un capitán que eligió — nuestro Rey, para Bugía.  
 El capitán se hospedó — enfrente de la doncella,  
 y al instante que la vio, — se encendió de amores de ella.  
 El capitán la enviaba — varios billetes y cosas,  
 y también la presentaba — ropas y joyas preciosas.  
 La doncella le rogaba — que en tal cosa no pensase,  
 que es doncella muy honrada, — de buena línea y parientes,  
 que sería murmurada — y afrentada de las gentes.  
 El capitán, encendido, — de tan hermosa doncella,  
 prometió ser su marido — y de casarse con ella.  
 Y ella, por fin, consintió — con tal que con ella case,  
 y una noche la sacó — sin que nadie lo pensase.  
 A Bugía la llevó — lleno de amor y ternura,  
 mas presto la derribó — la fortuna sin ventura,  
 Y es que los moros entraron — a Bugía con presteza,  
 y así que el Bajá la vio, — hermosa moza y compuesta,

para sí la reservó. — Como la vio tan honesta,  
 metiéndola luego en el mar — y a su tierra la llevó.  
 Antes de desembarcar, — de amores la requirió,  
 y no la *puido* vencer — por más que la importunaba,  
 diciendo: «No me has de ofender — aunque yo sea tu esclava.  
 Basta mi terrible pena — y larguísima prisión,  
 sujeta a vuestra cadena — y ausente de mi nación».  
 El moro la regalaba — dándole buenas comidas,  
 y de amores le trataba — con palabras muy sentidas.  
 Que renegase de Cristo, — Santo *Agnus Dei*,  
 y que mora se tornase, — que no era buena su ley,  
 que más vale que reciba — la religión mahometana  
 que no verse así cautiva — y sujeta en tierra extraña.  
 Con el moro se casó. — .....

Del moro dos hijos tuvo — como infernal mahometana.  
 Estaba tan apartada — de Cristo y de sus tesoros,  
 que si fuera engendrada, — nacida en tierra de moros.  
 Hasta que el Señor soberano — le envió por ciertos modos  
 al sacerdote su hermano — .....  
 Que venía de Roma... — de regocijarse con otras.  
 y se puso a navegar. — Diez galeras le salieron  
 de moros por buena cuenta. — el navío le rindieron  
 y cautivaron noventa. — El clérigo fue llevado  
 de la fuerza de Morón. — y fue puesto en el mercado,  
 donde se vendió a pregón. — El marido de su hermana,  
 que era cuñado el moro, — le compró aquella mañana  
 y le dio de buena gana — por él cien cequíes <sup>17</sup> de oro.  
 El moro no conoció — al esclavo que compraba,  
 y a su mujer lo llevó — sin saber lo que llevaba.  
 Habiendo Jesús juntado — los dos que bien se querían,  
 hartas veces se habían hablado; — pero no se conocían.  
 Ni él conocía a ella, — ni ella tampoco a su hermano,  
 y dábale vida cruel — como renegada infiel.  
 Hasta que el sacro Mesías — les abrió la senda llana,  
 y es que el clérigo con celo — a la Virgen cada día  
 le rezaba por consuelo — su rosario en alegría.  
 Todas las noches oraba — tres horas justas cabales,  
 y con devoción rezaba — los salmos penitenciales.  
 Una noche le acechaba — la hermana por ver qué hacía,  
 y reparó cómo oraba — a la piadosa María.  
 Le dice: «¿De dónde eres cristiano?, — responde, no estás turbado.  
 ¿Tienes en tu tierra haberes?, — que si los tienes y quieres,  
 bien puedes ser rescatado. — ¿Eres casado?, mezcino.  
 ¿Tienes hijos o mujer?» — Respondió: «Con Dios divino.  
 Soy desposado indino — y en El pongo mi querer.»

<sup>17</sup> Pedro pronunciaba *céquíes* (Nota de C. Cienfuegos).

La renegada decía: — «Quitate de esa porfía,  
que tu ley no vale nada.» — El buen clérigo calló,  
y otra vez le preguntó — que cuál oficio aprendió  
y de dónde era de España. — El clérigo contestó  
con placer, ni con risa: — «Es mi oficio celestial,  
soy sacerdote de misa. — Cada vez que misa digo,  
se baja Dios en mis manos; — es el sustento y abrigo  
de los leales cristianos.» — Ella le dijo:

«En tu tierra es muy subido — oficio que quita vicios.  
de oficios el más subido. — Razón tienes de alabarlo,  
y también sabrás ahora — que no volverás a usarlo  
si no hay quien te socorra. — No me niegues la verdad,  
dilo ahora por mi amor; — aunque me ves aquí ahora,  
en Valladolid he sido — rica señora.»

El buen clérigo que oyó — su buena tierra nombrar,  
las sus mejillas regó — y comenzó a suspirar.

Dijo él: — «Vamos a Valladolid.

Valladolid es cumplida, — de todo bien abundosa,  
sobre todas escogida.» — Dijo ella:

«Con eso no se aplaca, — con el deleite ni pena,  
sin gusto de la triaca — con que sanó Magdalena.

El mi intento es habitar — en un áspero desierto  
y este mi cuerpo purgar — del mal que tiene encubierto.

Veintiuna leguas que... — de Roma por el monte *Arisno* (Aristo),  
do padeció hambre y sed — por la fe de Jesucristo.

Veréisla que vestía — sedas de finos colores,  
y en ricas camas dormía — de suavísimos olores.

La que recuerda del sueño — y procura nueva luz  
quien murió por ella en la Cruz.

Tema también este cuyos ingredientes se dan en otros romances conocidos, pero tampoco con el desarrollo con que aquí figura. Es la última pieza del manuscrito de Casimiro Cienfuegos, y le fue dictado en Cadavedo por un tal «Pedro».

## XVII. *EL MARINERITO*

Una noche de San Juan — cayó un marinero al agua.

Se le presentó el demonio — en figura de una dama.

— «¿Qué me das, marinero, — por sacarte de estas aguas?»

— «Te doy toda mi marinería, — todo mi oro y mi plata»<sup>18</sup>.

— «No te quiero tu marinería, — ni tu oro ni tu plata;  
quiero que, cuando te mueras, — a mi me entregues el alma».

<sup>18</sup> Estos dos versos se cantan también por las niñas de Figueras de este modo:  
«Te doy todos mis navíos, — todo mi oro y mi plata».

— «El alma la entrego a Dios, — y el cuerpo a la mar salada,  
el pellejo al sacristán — pa que toque las campanas,  
y ei corazón que me queda, — a la Virgen soberana».

Acaso sea éste el romance más popular de toda la región, por la circunstancia de hallarse incorporado al cancionero infantil<sup>19</sup>. La versión transcrita corresponde al área parroquial de Figueras (Castropol), en donde cuando es cantada como tal canción de corro con la melodía núm. 1 que se acompaña, las niñas repiten cada uno de los versos antes de pasar al siguiente.

## MELODÍA NÚM. 1

u - na no - che de San Juan, u - na no - che de San  
Juan ca - yó un ma - ri - ne - ro al a - gua, ca - yó un ma - ri - ne - ro al  
a - gua. Se le ... - ra - na .

De este mismo romance se canta también al corro con la melodía núm. 2, más rápida y alegre que la anterior, una variante fundada en intercalar cada dos versos el estribillo:

«que con el dengue, dengue, dengue, — que con el dengue, dengue, dáina.  
[Y ¡olé!]

## MELODÍA NÚM. 2

**Allegro.**  
U - na no - che de San Juan - ca - yó un ma - ri -  
to el - de - mo - nio en - ñi - gu - ra  
ne - ro a - gua - - - - - que con el den - gue - den - gue - que con  
dev - na - ra - na -  
- - el - den - gue - den - gue - dai - na - yo - le - - - Se - - le - pre - sen - na - yo - le .

<sup>19</sup> Por dicha circunstancia, Sánchez Rodrigo compuso sobre la versión popular

Y, en tal caso, la ceremonia consiste en que al llegar a esta letrilla se para la rueda, las niñas se sueltan de las manos apoyándolas en la cintura con los brazos en jarra, y, a la vez que cantan el estribillo, cimbrean el talle de un lado a otro. Terminado, vuelven a tomarse de las manos y continúa girando la rueda cantando otros dos versos.

En dicha versión se dan sus dos aspectos más típicos: el de la aparición del demonio en medio de la mar<sup>20</sup>, y el de la tentación a la cesión del alma, que tiene acogida en otras manifestaciones de la literatura popular asturiana<sup>21</sup>, y en cuya renuncia del marinero ve Castillo de Lucas uno de los exponentes de su fe<sup>22</sup>. Pero, además, esta versión figuerense conserva la parte testamentaria, o sea, la dispositiva, donde el desahuciado va distribuyendo sus miembros corporales para cuando muera<sup>23</sup>.

De dicho romance conocemos como variantes, dentro de Asturias, las que facilitan Juan M. Pidal (cit. núm. LXXVII, p. 244, con comentarios en la p. 332, y de aquí lo copian Gella Iturriaga, García Rendueles y Pedro G. Arias<sup>24</sup>), José M. Quadrado<sup>25</sup>, y, en versiones más completas, Giner Aribau (cit. pp. 161-162) y Pilar G. de Diego (ibíd. [1947], III, p. 552)<sup>26</sup>.

una bonita adaptación culterana bajo el título *Romance del marinero naufrago*, en su libro de lecturas *Umbra*

<sup>20</sup> J. PÉREZ VIDAL, *Romancero...* cit. V. cuad. 3, p. 461.

<sup>21</sup> Tenemos, entre otras, el cuento de *El herrero y el diablo*, recogido por C. CABAL, *Los cuentos...* cit., p. 101 ss. Y la subrayada por J. CASO GONZÁLEZ *Notas en torno a la poesía tradicional asturiana*, en BIDEA (1956) XXVIII, p. 11.

<sup>22</sup> A. CASTILLO DE LUCAS, *la medicina y el folklore marinero*, Stratto dal vol. «Etnografía e Folklore del Mare» (Nápoles 1954), pp. 119-120. Publicado también en el «Boletín del Consejo General de Colegios Médicos» (Madrid, marzo de 1955), vol. XVIII, núm. 88.

<sup>23</sup> Trató este tema, con extraordinaria erudición y probidad. PILAR GARCÍA DE DIEGO, *El testamento en la tradición popular*, en esta RDTP (1947) III. cuad. 3 y 4, pp. 551-557; y en *El testamento en la tradición*, Ibíd. (1953), IX. cuad. 4, pp. 601-666, y X (1954), cuad. 3, pp. 400-471.

<sup>24</sup> J. GELLA ITURRIAGA, *Antología marinera* (Madrid 1945), p. 11

E. GARCÍA RENDUELES, *Liturgia popular* (Oviedo 1950), p. 63, nota 18.

P. GARCÍA ARIAS, *Antología de poetas asturianos*, t. I (Oviedo 1959), pp. 25-26.

<sup>25</sup> J. M. QUADRADO, *España. Sus monumentos y artes, su naturaleza e historia*. Asturias y León (Barcelona 1885), p. 354.

<sup>26</sup> Posiblemente tenga también alguna relación asturiana la variante que recogió en el Uruguay el DR. ILDEFONSO PEREDA VALDÉS, *Cancionero popular uruguayo* (Montevideo 1947), pp. 71 y nota de la 72; pues las relaciones y aculturación entre el Uruguay y Asturias resultan evidentes, como se patentiza en mi obra *Huella y presencia de Asturias en el Uruguay* (Montevideo 1960), incluso en la cultura popular (vid., p. 41).

Este romancillo aparece también, con no menor popularidad, fundido con el siguiente, que se canta asimismo como canción de corro.

## XVIII

En Galicia hay una niña,  
que Catalina se llama; *hay sí, sí.*

Todos los días de fiesta,  
su papá la castigaba; *hay sí, sí.*

5 Porque no quería hacer  
lo que su padre mandaba; *hay sí, sí.*

Le mandó hacer una rueda  
de cuchillos y navajas; *hay sí.*

Catalina arrodillada.

10 — «Levántate, Catalina,  
que el Rey del cielo te llama; *hay sí, sí.*»

— «Qué me quiere el Rey del cielo,  
que tan aprisa me llama; *hay sí, sí.*»

— «Quiere que, cuando te mueras.

15 a El te entregues el alma; *hay sí, sí.*»

— «El alma la entrego a Dios,  
y el pellejo al sacristán; *hay sí, sí.*

Pa que toque las campanas.»

Esta versión fragmentada, pero que presenta la particularidad del estribillo, corresponde al área parroquial de Figueras, donde se canta con la melodía número 3, que reproducimos. Al cantarla se repite una vez cada uno de todos sus versos, con excepción del estribillo, que en la repetición se suprime.

## MELODÍA NÚM. 3

Moderato

En-Ga-li-cia hay u-na ni-ña, En-Ga-li-cia hay u-na ni-ña,  
ña- que-Ca-ta-li-na se-lla-ma y si-si, que-Ca-ta-li-na se-  
lla-ma.

CARLOS PÉREZ DE CASTRO  
ESTRIBILLO

La ceremonia se realiza de este modo: Cogidas todas las niñas de la mano, giran en rueda cantando en torno a otra niña que se colocó en el centro, y la cual hace de Santa Catalina. Al cantar el coro del corro el verso noveno, Catalina se arrodilla, y en ese momento se suelta otra niña de la rueda y se coloca, haciendo de ángel, junto a ella, cantándole, en solo, los versos décimo y undécimo. Se levanta Catalina y canta los dos versos siguientes. El ángel, que se pasó a dialogar con Catalina, se vuelve a la rueda y canta todo el coro los versos 14 y 15; terminando Catalina el romance con los tres versos restantes. Es de advertir que el corro sólo gira cuando canta; pues al hacerlo Catalina o la niña que dialoga en el centro de la rueda con ella, las otras paran de girar y escuchan muy atentas.

Pilar García de Diego, al publicar las versiones burgalesa y lucense de este romancillo, alude a ciertos paralelos con las variantes de Asturias <sup>27</sup>.

## XIX

En Galicia hay una niña — que Catalina se llama;  
 todos los días de fiesta — su padre la castigaba,  
 porque no quería hacer — lo que su padre mandaba.  
 Le mandó hacer una rueda — de cuchillos y navajas;  
 la rueda ya estaba hecha — Catalina arrodillada.  
 — «Levántate, Catalina, — que el Rey del cielo te llama».  
 — «¿Qué me quiere el Rey del cielo, — que tan aprisa me llama?»  
 — «Quiere ajustarte las cuentas — de la semana pasada».  
 Las cuentas ya estaban hechas; — cayó el marinero al agua.  
 — «¿Cuánto me das, marinero, — por sacarte de esas aguas?»  
 — «Te doy todos mis navíos, — todo mi oro y mi plata.»  
 — «Yo no quiero tus navíos — ni tu oro ni tu plata;  
 quiero que, cuando te mueras, — a mí me entregues el alma».  
 — «El alma la entrego a Dios, — y el corazón a María;  
 la pelleja que me sobre, — para hacer una campana,  
 para que toquen a misa — el lunes por la mañana.»

<sup>27</sup> PILAR G. DE DIEGO, *Siete canciones infantiles*. en RDTP (1950). VI, cuad. 1, pp. 121-125. La bibliografía hispánica que cita, puede aumentarse con:

M. DE UNAMUNO, *Recuerdos de niñez y mocedad* (Buenos Aires 1946). parte 1.<sup>a</sup>. c. 8, p. 45.

M. DELIS, *Renadio del cantar folklórico de Puerto Rico* (Madrid 1952), p. 260.

CARLOS M. VALLEJO, *Los maderos de San Juan. Glosario de rondas y canciones infantiles* (Valencia) p. 169.

Esta variante fue recogida por nosotros en Villayón, en el concejo de Navia, y tiene la misma ceremonia que la anterior de Figueras; pero la niña del corro que entra en el centro a dialogar con Catalina, no hace aquí de ángel, sino de marinero, por lo cual no se suelta de la rueda hasta que se canta el verso «cayó el marinero al agua». En dicha localidad se conoce también otra variante, que es repetición de la anterior, pero en la que cambia su final por este más testamentario:

«El alma la entrego a Dios,  
el corazón a María,  
los dientes para los viejos,  
para que coman castañas;  
los huesos al campanero,  
para tocar las campanas;  
la pelleja para el cura,  
que se haga una sotana».

## XX

De este romancillo hemos encontrado otra variante en Colloto, en las cercanías de Oviedo, que comienza exactamente igual al anterior de Villayón, y luego de los seis primeros versos, continúa:

..... — .....

Un día le mandó hacer una rueda — de cuchillos y navajas;  
la rueda ya estaba hecha — de la semana pasada.  
Al subir los escalones, — un marinero cayó al agua.  
— «¿Cuánto me das, marinero, — por sacarte de ese agua?»  
— «Te doy todos mis anillos, — todo mi oro y mi plata».  
— «Yo no quiero tus anillos, — ni tu oro, ni tu plata;  
quiero que, cuando te mueras, — a mí me entregues el alma».  
— «El alma la entrego a Dios — y a la Virgen soberana,  
y el pellejo que me queda — haré de él una campana».

La ceremonia es la misma de las anteriores; pero aquí, de las dos niñas que se sitúan en el centro de la rueda, una está de pie: Catalina, y la otra: el marinero, tendida en el suelo, hasta que dicen las del corro: — «¿Cuánto me das, marinero...?», en que se levanta y comienza el diálogo cantado entre ellas..

El cancionero infantil de estas tres últimas parroquias: Figueras, Villayón y Colloto, que desde 1953 tenemos recogido y anotado, contiene todavía otros fragmentos más de romances y otros romancillos de corro; pero prescindimos aquí de ellos por haber pasado a formar



parte más propiamente dicha de la literatura popular infantil que del romancero, y porque su interés radica también más en la ceremonia, en la melodía, en la incongruencia y en el sentimiento; que son el juego: la vida del niño, y que —como decía Unamuno (cit., 45)— integran esa tradición primitiva e infantil que se transmite más fielmente que la escrita con un respeto litúrgico a la palabra, y «sin intromisión de mayores en la corriente del verdadero y hondo progreso social».

Por ello que, si nos hemos atrevido a desgajar de tan sensible tallo estas tres flores, ha sido porque *El marinerito* figura ya incluido en la mayoría de los romanceros.

Figueras de Asturias.  
Torre del Mirador, otoño de 1966.

J. L. PÉREZ DE CASTRO





